

UN BRINDIS KUPRIN



ediciones
mnemosyne

ALEKSANDR KUPRÍN

UN BRINDIS



Edición extraordinaria, julio de 2024

Cubierta: diseño de Ediciones Mnemosyne

Traducción del ruso: Claridad



De la edición, Ediciones Mnemosyne.
Nuestro trabajo puede ser reproducido,
compartido y difundido libremente mientras
se den los créditos apropiados y sin fines co-
merciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es

CLARIDAD

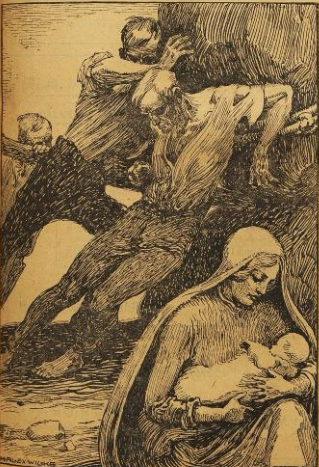
Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redacción y Administración: Agustinas 632, Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados Precio: 20 Centavos

AÑO II. — SANTIAGO, MAYO 13 DE 1922 — NÚM. 51



WILFREDO BRUCHMANN

El Cartel de Hoy

El trabajo, fuerza que crea las máquinas estupendas y complicadas, que hizo la tranquila audacia de los rascacielos; el trabajo, flor y fruto de nuestras energías, envenenado está por hombres canallas.

Hoy es instrumento de explotación donde muere la juventud y la belleza. En el taller malhumano o las cuatro paredes de una oficina oscura o la voz del capataz torpe e ignorante.

El trabajo todo lo puede y lo vence cuando es libre y nuestro. Pero hoy, manos arteras se apoderan de lo que otras manos laboran. El hombre anda suelta a casa de víctimas. El conventillo vomita día a día cadáveres y cadáveres.

Sin embargo, la tierra no se ha cansado de fecundar la semilla, ni el árbol de dar frutos. Hay minas de carbón, hay traza de salitre, hay ferrocarriles, automóviles, joyas. Lo necesario y lo superfluo.

¡Oh maravillosa fuerza creadora del trabajo!

El harapo se contempla en la vitrina de las joyerías y en cada esquina hay una mano de mendigo que implora.

El trabajo todo lo vence. Hasta la dignidad de hombre.

¡Verdad obreros?

¡Verdad burgueses?

P. GERARDO.

Número de CLARIDAD donde se publicó Un brindis

Nota de Claridad (1922)

Aleksandr Kuprín es un autor muy leído en Rusia. Cuando empezó, hace unos veinte años, a publicar novelas, el «gran viejo de la tierra rusa», el conde León Tolstói, le dio, en términos muy encomiásticos, la bienvenida a la república de las letras. «Escribe muy bien ese oficial», solía decir Tolstói de Kuprín.

Kuprín es un oficial de carrera. Nacido en 1870, de una familia pobre -como casi todos los escritores rusos de la última generación-, hizo sus estudios en una escuela militar, y en 1890 recibió el grado de oficial. Pero esta carrera no le gustaba. Sentía más bien inclinación a la literatura. Todos sus ocios los empleaba en escribir novelas. Durante varios años, sus manuscritos fueron rechazados por los editores de publicaciones periódicas. Kuprín no se desesperaba y seguía trabajando. Al fin consiguió que se publicara su novela. El dios implacable, traducida en la Colección Universal -números 61 y 62-, fue un éxito. El debutante obtuvo una buena acogida.

Animado por el primer triunfo, Kuprín se entregó por entero a la literatura. Enseguida -en 1897- abandonó el servicio militar y se lanzó

a la conquista de un puesto de honor en las cúspides del Olimpo literario. Lo ha conseguido. Su novela El duelo, así como la serie de ellas que ha publicado, le han hecho famoso. Conociendo a fondo la vida militar, ha descrito, de mano maestra, las costumbres del cuartel. En estos últimos tiempos se inspira en la vida de los grandes centros industriales, especialmente en sus bajos fondos.

Actualmente, a los cincuenta años idos, Kuprín tiene un renombre literario muy respetable, y ocupa en la literatura rusa un puesto de honor al lado de Gorki, Andréyev y Koroloneko.

UN BRINDIS

El año 200 de la nueva era tocaba a su término. Sólo faltaban quince minutos para la hora en que, el mismo mes y el mismo día, doscientos años antes, el último Estado gobernado conforme al viejo sistema; el país más obstinado, conservador y rutinario -a lo que parece, Alemania- había renunciado, al fin, a su ciego chovinismo, y con alegría de toda la Tierra había entrado en la unión anarquista de hombres libres del mundo entero. Según el calendario antiguo, eso había ocurrido el año 2906 después de Jesucristo. Pero en ninguna parte se festejaba la entrada del Año Nuevo

con tanto esplendor y alegría como en los polos Norte y Sur, en las estaciones centrales de la gran Asociación Electromagnética. Durante los últimos treinta años, millares y millares de ingenieros, de mecánicos, de técnicos, de astrónomos, de matemáticos, de arquitectos y de otros sabios especialistas, habían trabajado infatigablemente en la realización de la más grandiosa y heroica idea del siglo XXXII. Aca-riciaban el proyecto de convertir el globo terráqueo en una gigantesca bobina electromagnética, y con ese objeto lo habían envuelto de Norte a Sur en una espiral de hilo metálico revestido de caucho, cuya longitud se aproximaba a cuatro mil millones de kilómetros. En ambos polos habían construido dinamos de increíble potencia, y habían unido todos los puntos de la superficie del planeta con innumerables hilos. No sólo los habitantes de la

Tierra, sino también los de otros planetas con los que la Tierra estaba en constantes relaciones, habían seguido con interés apasionado la marcha de los trabajos. A unos, la empresa de la Asociación les inspiraba gran desconfianza y a otros les inspiraba horror. Pero la Asociación acababa de realizar brillantemente su proyecto gigantesco, triunfando de todas las previsiones pesimistas. Y la fiesta de Año Nuevo era al mismo tiempo la solemnización de dicho triunfo. La inagotable fuerza magnética de la Tierra ponía en movimiento las fábricas, las máquinas agrícolas, los trenes y los barcos. Alumbraba las calles y las casas, calentaba las habitaciones. Hacia innecesario el carbón, cuyas minas se habían agotado mucho tiempo antes. Desterraba completamente las chimeneas, que impurificaban el aire y mataban con su humo las flores, los árboles y las

hierbas, verdadera alegría de la tierra. En fin, hacía milagros en lo tocante a agricultura y cuadruplicaba las cosechas. Uno de los ingenieros de la estación del Norte, elegido presidente de la reunión de aquella noche, se levantó con un vaso en la mano. Un silencio profundo reinó.

—Compañeros —dijo el presidente—: si os parece voy a ponerme inmediatamente en contacto con nuestros queridos colaboradores de la estación del Sur. Acaban de hacernos señales.

La enorme sala donde se encontraban era una magnífica construcción de cristal, hierro y mármol, adornada con flores exóticas y hermosos árboles, y más parecida a una «serre»¹

¹ En francés, invernadero. | Nota de Ediciones Mnemosyne.

que a un sitio público. Tras las paredes, la noche polar lo envolvía todo en sus tinieblas; pero unos condensadores especiales inundaban la sala con el gran gentío, las flores, las mesas admirablemente servidas, las gentiles columnas que sustentaban el techo, las innumerables estatuas de una luz no menos alegre y brillante que la del sol. Tres paredes de la sala eran opacas: pero la cuarta, a la que el presidente hallábase vuelto de espaldas, era una a modo de tablero de proyecciones cuadrado, de un cristal en extremo fino y lustroso. Recibido el consentimiento de la sociedad, el presidente oprimió con el dedo un pequeño botón eléctrico que había sobre la mesa. El tablero se iluminó inmediatamente con una luz interior deslumbradora, y luego se diría que se disipó. En su lugar apareció de pronto otra sala también magnífica, también llena de gente

sentada alrededor de mesas admirablemente servidas. Unos y otros seres humanos –todos bellos, fuertes, alegres, vestidos con esplendidez– se reconocían, cambiaban sonrisas, se saludaban levantando sus vasos, a través de una distancia de 20.000 kilómetros. Pero a causa del ruido general, de las sonoras risas, ni unos ni otros oían aún la voz de los amigos lejanos. El presidente entonces se levantó de nuevo y manifestó con un gesto que quería hablar. Todos al punto enmudecieron en los dos extremos del mundo. He aquí lo que dijo el presidente:

—¡Mis queridas hermanas y queridos hermanos! ¡Vosotras, encantadoras mujeres, a quienes admiro con pasión, y vosotros, a quienes amé en otro tiempo y para quienes mi corazón está lleno de gratitud, escuchad! ¡Gloria a la vida eternamente joven, bella, inagotable!

¡Gloria al hombre, único dios de la tierra!
¡Gloria a su cuerpo taumatúrgico y a su espíritu inmortal! Os miro, amigos soberbios, alegres, audaces, seguros de vosotros mismos, y un gran afecto llena mi corazón. Nuestra mente no conoce obstáculos, nada puede oponerse a nuestros designios. No hay entre nosotros sumisión, ni dominación, ni celos, ni hostilidad, ni violencia, ni engaño. Todos los días se abren ante nuestros ojos misterios que dejan de serlo para nosotros, y la ciencia se desenvuelve de un modo admirable. La muerte misma no nos espanta ya, porque nos vamos de la vida sin que la vejez nos haya desfigurado, sin que se pinte en nuestros ojos un horror salvaje y sin que la maldición brote de nuestros labios, porque nos vamos de la vida hermosos, semejantes a dioses, sonrientes. No nos asimos desesperadamente a nuestros

últimos días, sino que, a manera de viajeros cansados, cerramos dulcemente los ojos. Nuestro trabajo es una delicia. Nuestro amor, rotas las cadenas de la esclavitud y la trivialidad, se parece al amor de las flores: tan libre y bello es. Y nuestro único soberano es el genio del Hombre... Quizá, caros amigos, lo que estoy diciendo sean vulgaridades, cosas que todo el mundo conoce hace tiempo; pero no puedo hablaros de otra manera. Esta mañana he leído un libro tan interesante como horrible: *La historia de las revoluciones del siglo XX*. No pocas veces he pensado mientras lo leía: «¿Será esto un cuento fantástico?». Tan inverosímil, tan estúpida, tan llena de horror me parecía la vida de nuestros antepasados. Sí, amigos míos: aquellas gentes de quien nos separan nueve siglos parecían serpientes venenosas encerradas en la misma jaula. Viciosas,

sucias, infectadas de morbos, feas, cobardes. Se mataban unas a otras sin cesar, se robaban un pedazo de pan y lo escondían en los escondrijos más oscuros para que un tercero no se lo llevase; se quitaban la tierra, el agua, los bosques, las casas, hasta el aire. Hatajos de gaudios ávidos, apoyándose en hipócritas religiosos, en ladrones y en impostores, enviaban muchedumbres de miserables esclavos a matarse mutuamente, y vivían como parásitos sobre la podredumbre de la descomposición social. Y la tierra, tan grande, tan bella, era para aquellos hombres angosta como una prisión, y el aire en ella era pesado como en una caverna. Pero en aquella época terrible, junto a las bestias de carga, junto a los esclavos cobardes y sin dignidad, se alzaban de vez en cuando hombres altivos, héroes de alma noble, independientes, dispuestos al sacrificio.

No acierto a explicarme cómo podían nacer en tal época vil, vergonzosa. En aquellos tiempos sanguinarios, cuando ni el hogar era un abrigo seguro para nadie, cuando la violencia y el asesinato eran pagados con largueza, aquellos héroes, en su santa locura, gritaban: «¡Abajo los tiranos!». Y su sangre teñía las piedras de las calles y las losas de las aceras; los infelices perdían la razón en los calabozos; morían ahorcados, fusilados, renunciaban gustosos a todas las alegrías de la vida, salvo a la de morir por la libertad de las generaciones futuras. ¿No veis, caros amigos, ese puente de cadáveres humanos que enlaza nuestro luminoso presente con aquel horrible, tenebroso pasado? ¿No os imagináis ese terrible río de sangre cuyas ondas han empujado a la humanidad al mar radiante y vasto de la felicidad universal? ¡Honor a vosotros, antiguos amigos

desconocidos, de quienes nos separan siglos y siglos! ¡Honor a vosotros, que tanto padecisteis! Ibais a la muerte con una sonrisa en los ojos, que miraban siempre adelante, al porvenir remoto. Preveíais a las generaciones futuras emancipadas, fuertes, triunfantes, y les enviabais vuestra bendición al morir... ¡Queridos amigos! Beba cada uno de nosotros, sin pronunciar una palabra, en un silencio religioso, un vaso de vino a la memoria de aquellos mártires lejanos. Y sienta cada uno de nosotros en su corazón la bendición de su mirada.

Y todos bebieron en silencio. Pero una mujer de maravillosa belleza que estaba sentada junto al orador se apretó de pronto contra él y empezó a llorar dulcemente. Y cuando el orador le preguntó por qué lloraba, le contestó con voz muy queda:

—A pesar de todo, yo quisiera haber vivido en aquella terrible época..., con ellos..., con los mártires...

